
CHILE: EL GENERO COMO GANCHO POLITICO DE LA MODERNIDAD POSIBLE

Rossana Ciorino N.*

No es nada fácil intentar delinear un balance del Movimiento de Mujeres en Chile, aún más difícil se hace en este momento histórico entre un proceso de transición que culmina y deja pendiente múltiples problemas específicos de las mujeres por resolver, y un segundo gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia que inicia otra etapa de gestión pública con un "Plan Nacional de Igualdad de Oportunidades" para mujeres y hombres, concebido para ser puesto en práctica durante los próximos seis años (1994-1999).

Por otra parte, se vuelve más complejo hablar de avances y/o retrocesos del Movimiento de Mujeres en medio de la existencia de un movimiento segmentado, disperso y atravesado por diversas tensiones internas y una diversidad de visiones y tendencias. Si bien, como expresión de intereses colectivos ha perdido visibilidad pública, no es menos cierto que las organizaciones de mujeres continúan desarrollándose con vitalidad, y permanecen centradas en sí mismas discutiendo y profundizando los temas específicos de las mujeres, que se tornan claves para ir desarrollando una mayor conciencia sobre la condición genérica, tanto en el espacio público como en el privado; ambos regidos por máximas patriarcales.

Dentro de las diversas tendencias podemos destacar —al interior del movimiento— una mayor presencia y visibilidad pública de la vertiente feminista; la cual está atravesada por dos lógicas: un feminismo institucionalizado y un feminismo autónomo. A su vez, las múltiples organizaciones de mujeres populares están incorporando en sus discursos la óptica de género que les permite analizar críticamente la situación de discriminación sexual, social, racial, cultural, económica y política en que han vivido toda su vida.

El aporte de las ideas feministas durante esta última década en Chile, desde los 80 hasta ahora, han permitido hacer más evidente la subordinación de las mujeres al dominio patriarcal, desatándose un proceso de búsqueda y cambios en la conciencia colectiva de éstos. Cada vez más mujeres —de partidos, sindicatos, pobladoras, trabajadoras de casa particular, estudiantes, profesionales— aportan a la erosión cotidiana de las relaciones de género y contribuyen desde los distintos espacios a combatir la discriminación.

La recuperación de la «democracia» (1) si bien ha constituido un cambio en el escenario social y político, el proceso de democratización y el ejercicio de las reglas democráticas ha sido liderado fundamentalmente por los *partidos políticos*, quienes se realizan como tales desde una práctica y ética política basada en la negociación cupular y la lógica de la gobernabilidad.

Esta situación se ve aparejada con una creciente atomización y desarticulación de los movimientos y actores sociales, que tuvieron un gran protagonismo como opositores al régimen militar. Los años de dictadura hicieron posible un movimiento de mujeres fuerte, visible en el espacio público que —a pesar de su heterogeneidad— fue capaz de articular una fuerza unitaria que le dio legitimidad pública a sus demandas y propuestas. Es así, como el desarrollo alcanzado por el movimiento permitió la elaboración de las «demandas de las mujeres a la democracia», que incorporaba una crítica social al régimen establecido y demandaba al Estado programas y políticas tendientes a superar la desigualdad entre hombres y mujeres. Entre estas demandas acogidas por el gobierno de Patricio Aylwin, estuvo la creación de una oficina especializada en asuntos de la Mujer, con rango ministerial: el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM). Durante el período de transición este organismo adquiere visibilidad pública, destacándose dentro de sus logros, el haber puesto en la agenda pública el tema de la discriminación de la mujer y haberlo legitimado. Al mismo tiempo, el movimiento va perdiendo visibilidad y acrecentando la desarticulación.

En este período, se puede constatar un flujo de mujeres dirigentes desde el movimiento hacia las estructuras de gobierno. Dentro de esta dinámica social, las organizaciones autónomas de mujeres populares, comienzan a re-discutir el tema de la autonomía en medio de una institucionalidad que las convoca a ser partícipes de actos o eventos de distintos organismos gubernamentales: Sernam, Prodemu y Oficinas de la Mujer a nivel municipal; quienes tienden a recuperar el vínculo entre Estado y organizaciones de mujeres populares mediante las ONGs, las cuales sirven de intermediarias

(1) Democracia formal y tutelada, que pese a los éxitos alcanzados en materia de estabilidad institucional, está predeterminada por la lógica heredada de la dictadura. Aún se mantienen resguardos y tutelajes: autonomía del Comandante en Jefe del Ejército, Senadores designados, sistema binominal, etc.

(*) Participante de la Asociación «Tierra Nuestra», Chile.

entre el movimiento y los organismos de gobierno. A pesar de ello, se ha producido una brecha entre las políticas desde el Estado hacia las mujeres y lo que realmente necesitan o quieren las organizaciones; ellas se sienten objetos de políticas públicas que no las ha considerado como sujetas reales de participación. Sabemos que existe una relación entre democracia y participación, entendiendo que no existe una sin la otra. Sin embargo, a nivel de América Latina —y Chile no se escapa a esta situación— las democracias parecen consolidarse en el plano institucional; pero, al interior de ellas, existe una crisis de participación que tiene como efecto la falta de motivación y movilización de los movimientos y actores sociales, produciéndose un alto desinterés y alejamiento de la sociedad civil respecto de la política; al mismo tiempo, el Estado se aleja de los problemas cotidianos.

Esta situación forma parte de la realidad política en nuestro país, existiendo un distanciamiento entre las organizaciones sociales y la clase política.

«El sistema político vigente instituye como actor protagónico fundamental al gobierno. Al implantar la estrategia del consenso/colaboración, ha contribuido a reforzar las tendencias del pragmatismo y a debilitar la dimensión de proyecto de la acción política. La mayoría de los partidos esperan a constituir mayorías estables y a profesionalizar la política; pretenden construir un sistema político autónomo; esto es, ajeno a las presiones y representaciones de clase». (Eugenia Hola, Gabriela Pischeda, 1993).

Si bien es cierto, que se observan pequeños avances en cuanto a propuestas públicas para superar la desigualdad que afecta a las mujeres en Chile, aún persiste un modelo económico que ha ido adoptando programas de ajuste estructural, y ha continuado privatizando servicios sociales y empresas públicas que forman parte de las estrategias de modernización y de los patrones de acumulación capitalista flexible, que han intensificado la explotación de la fuerza de trabajo y la depredación del medio ambiente.

En este caso, las mujeres no escapan al proceso de modernización; aumenta la participación en el mercado de trabajo, alcanzando un 33,4 por 100 de población femenina económicamente activa (Censo, 1992), cuyas actividades económicas se concentran en el sector agrícola, servicios domésticos, trabajos a domicilio en el rubro confección y comercio respectivamente. En promedio, las mujeres, perciben un salario 40 por 100 menos que el de los hombres, y están sujetas al plan laboral heredado del régimen militar. Muchas de ellas se incorporaron al trabajo por necesidad sin ninguna posibilidad de discutir salarios ni condiciones. El modelo económico abre el campo laboral para las mujeres, sin crear las condiciones para que éste sea realizado con mayor dignidad y contribuya —realmente— a mejorar la calidad de vida de éstas. Un dato que coincide con estos antecedentes, es que el 25,3 por 100 de los hogares chilenos es mantenido por una mujer jefa de hogar. Si bien, la economía chilena presenta indicadores macro económicos alentadores, los sectores populares no gozan de las ventajas y beneficios del modelo. El hecho de que más de un tercio de las familias vivan en situación de pobreza (33 por 100 se-

gún Censo 1992) nos demuestra la aparente modernidad que no llega a los más pobres.

Otro de los problemas centrales de la mujer chilena, es el alto nivel de violencia que se presentan en las relaciones de pareja, «una de cada cuatro mujeres es maltratada en su hogar». En medio de un proceso de democratización y modernización pareciera que, en nuestro país, el discurso de género no deja de ser un mero factor político instrumental, persistiendo aún dificultades en la incorporación explícita de la dimensión de género en la concepción de las políticas públicas del gobierno de la Concertación. En la actualidad, se legisló rápidamente un proyecto sobre violencia en los estadios, pero hace más de tres años que no se aprueba el proyecto de violencia intrafamiliar, el cual ha perdido originalidad.

Hay temas como la discriminación de las mujeres, la depredación del medio ambiente, la realidad discriminatoria de los pueblos indígenas, etc. que no forman parte de los consensos políticos del Parlamento. Muchos proyectos-leyes específicos que favorecen a las mujeres han sido postergados; *el tema de las urgencias lo define la clase política*. Para el sistema, la incorporación de la mujer en la vida laboral y en los espacios de poder y público constituye un signo de modernización. Sabemos que la participación de las mujeres en el poder legislativo se mantiene casi parecido al del gobierno de Patricio Aylwin: 8 Diputadas y 2 Senadoras; también existe un 11,8 por 100 de mujeres concejales en distintos municipios.

Históricamente, las mujeres han tenido escasa participación en el ejecutivo; en el actual gobierno contamos con 3 mujeres en el gabinete: Ministra de SERNAM, Ministra de Justicia y Ministra de Bienes Nacionales. Sin embargo, esto no se ha traducido en un mejoramiento de la condición de desigualdad en las mujeres.

Sabemos, que el tema de la desigualdad entre los géneros es sumamente complejo, porque toca aspectos integrales de la vida cotidiana y social, e implica una re-definición cultural profunda del rol que juegan los hombres y mujeres dentro de los distintos ámbitos de la sociedad.

EL FEMINISMO ENTRE LA AUTONOMIA Y LA INSTITUCIONALIZACION

Interpelar al Movimiento, desde una lógica más flexible, nos puede permitir captar de mejor manera la complejidad, las contradicciones y las potencialidades del Movimiento de Mujeres en sus diferentes expresiones; en este caso, nos interesa destacar la expresión feminista, que no implica ignorar otras formas de participar en el movimiento.

Dentro del feminismo chileno se pueden diferenciar dos vertientes:

- Un feminismo que participa de la institucionalidad y postula la necesidad de representación social y pública en la estructuras del poder patriarcal;
- y un feminismo que se ubica fuera de la institucionalidad; éste postula la autonomía y la rebeldía como estra-

tegia, cuestionando el modelo político y económico neo-liberal.

A nuestro juicio, creo que las tendencias tienen que ver con las actrices sociales que las sustentan. Hablar de feminismo en Chile va más allá, o debiera ir más allá del uso propagandístico de las categorías de género, de las reivindicaciones o denuncias de la discriminación de la mujer, y de los análisis de la opresión de género en las enclaustradas esferas del academicismo. Muchas veces se hacen análisis del Movimiento desde las Instituciones (ONGs) o desde las instancias del poder gubernamental, tendiendo a confundir Movimiento con Instituciones, avances del Movimiento con avances realizados desde el Estado; pero no se mira realmente hacia lo que están haciendo, pensando o discutiendo las mujeres en movimiento desde los grupos o colectivos de base.

¿Quiénes son las actrices del feminismo institucionalizado?

En general, son mujeres militantes de partidos políticos, activas militantes feministas que trabajan en ONGs (Organismos No Gubernamentales) especializadas en temas específicos; en ambos casos, muchas veces con doble militancia. Si bien los Organismos No Gubernamentales, en los años de la dictadura, jugaron un papel fundamental en la recomposición del tejido social y el fortalecimiento de los Movimientos Sociales que facilitaron la recuperación de la «democracia», en la actualidad redefinen su rol y viven una situación de reacomodo a las nuevas condiciones sociales y políticas. En general, se han convertido en organismos técnicos y especializados en temáticas de mujeres, y han ido perdiendo la relación con los movimientos sociales. Hoy día, son convocadas a jugar un papel de articulación o acercamiento entre Estado y Movimiento de Mujeres. Se agrega a ello, el contexto y las tendencias desfavorables de la Cooperación Internacional, que ha reducido drásticamente el apoyo a Chile. La imagen de país exitoso, pujante y moderno han impactado negativamente a las ONGs; muchas de ellas han desaparecido y las Instituciones que continúan desarrollando proyectos de acción o de Investigación, lo hacen con fondos ya comprometidos de la Cooperación Internacional; simultáneamente comienzan a desarrollar estrategias internas de financiamiento.

Sabemos que la experiencia y la producción de conocimientos acumulados por las ONGs de Mujeres constituyen un aporte valioso en la visibilidad permanente de los problemas de éstas, y porque no decirlo, también es una experiencia histórica inédita el constituir equipos interdisciplinarios que trabajen temáticas de género. Esta experiencia les ha permitido transformarse en interlocutoras válidas ante el Estado y las instituciones académicas; pero, las dificultades de financiamiento por las que atraviesan actualmente ponen en peligro su autonomía. Precisamente, ha sido esta independencia respecto al Estado, los partidos políticos, la Iglesia, y con la misma Cooperación al Desarrollo, lo que ha posibilitado avanzar en el conocimiento crítico al sistema social vigente. Respecto a esta situación nos alerta Margarita Pisano: «En el momento que las ONGs pierdan estas características, perderán su sentido transformándose en ins-

trumentos más o menos eficientes, en mano de obra de políticos y paradigmas interpretativos desde una ideología del dominio».

Quisiera señalar dos hechos concretos que han ocurrido en estos últimos tres meses que demuestran la institucionalización de un sector del feminismo: el Primer Concurso de Afiches, 8 de Marzo 1994, convocado y organizado por un grupo de instituciones y respaldado por SERNAM; otro hecho más reciente es la conformación del grupo Iniciativa Chile, compuesto por ocho ONGs (Flacso, CEM, CEDEM, PIIIE, etc.) quienes se encargarán del Foro-Preparatorio no gubernamental previo a la Conferencia preparatoria de Argentina (Beijing 1995), cuyos resultados irán posteriormente a la IV Conferencia Mundial de la Mujer a realizarse en China 1995 (Beijing).

Este grupo Iniciativa, elaboró ya un informe preliminar que fue entregado a otras ONGs y organizaciones sociales de mujeres para un debate regional y nacional. Todas estas actividades preparatorias cuentan con el apoyo de UNIFEM y la USAID (Agencia de Desarrollo Internacional de Estados Unidos). Una segunda lógica que atraviesa a parte del Movimiento, es la fuerza feminista autónoma, cuya base social se construye desde los diferentes grupos o colectivos de mujeres, algunos declaradamente feministas y otros grupos autónomos que trabajan con óptica de género; pero que tienen en común la estrategia basada en la autonomía y comparten la crítica social al modelo económico neo-liberal.

¿Quiénes son las actrices de este movimiento?

Para no hablar desde la abstracción, este movimiento incipiente aún lo constituyen los siguientes grupos: feministas populares, grupo EAS, feminarias, colectivos lésbicos, feministas cómplices, y otros grupos sociales de trabajadoras o pobladoras que se organizan en torno a los principios de la autonomía. Este movimiento postula la construcción de un poder autónomo, fuera del mundo institucionalizado (sean partidos políticos, ONGs, etc.). Dentro de las acciones que han protagonizado últimamente, se pueden mencionar dos hechos fundamentales que apelan a rescatar las diferencias dentro del feminismo: acciones callejeras durante el 8 de marzo, cuyas consignas expresaron una clara definición política de no conformarse con «una democracia encerrada entre cuatro paredes ciegas y sordas, donde el patriarcado, la violencia, la destrucción del planeta y la pobreza tienen un nombre, que se llama: NEO-LIBERALISMO» (Marea Alta, Marzo 1994).

Otro hecho es la segunda realización de un Foro Nacional Feminista, que contó con la participación de ocho organizaciones sociales; si bien, esta corriente aglutina a un número reducido de organismos, resulta importante su presencia en estos momentos políticos de desmovilización social; además, le otorga sustento político-filosófico al feminismo, hay una abierta definición respecto a cuestiones fundamentales que tiene directa relación con la calidad de vida de las mujeres, sin soslayar el modelo neo-liberal como fuente de desigualdades.

Por otra parte, es de suma importancia que en el movimiento se vayan expresando y evidenciando las diferencias. Que la diversidad de pensamientos y estrategias no debiliten

al movimiento, todo lo contrario, lo enriquezcan; sobretodo, en un mundo donde se han ido abandonando las utopías y la creatividad en la acción política.

Más allá de las diferencias, la propuesta feminista es la que le ha dado continuidad histórica al movimiento de mujeres durante el proceso de transición hasta ahora. Se destaca la permanencia de acciones colectivas, entre las que se cuentan: Dos Encuentros Nacionales Feministas (1^{er} Enc. en Valparaíso, Nov. 1991 y 2.º Enc. en Concepción, Enero 1993); Un Encuentro Feministas Populares, (Santiago 1992); Dos Foros Feministas Nacionales en 1993 y 1994, organizados por las feministas autónomas; la postulación al Parlamento de una candidata feminista; la creación del periódico «Marea Alta» y Radio «Tierra», que sirven de instrumentos del movimiento.

Como se puede constatar desde las distintas estrategias, desde los múltiples espacios de mujeres, desde las instancias macro y micro sociales, las mujeres nos hemos transformado en actrices estratégicas, a pesar de la débil articulación resultado de las condiciones políticas imperantes y de los propios problemas internos del movimiento.

Así y todo, se sigue permeando a la sociedad por diferentes espacios sobre la propuesta feminista, de mayor participación y poder para las mujeres y la exigencia de mejor calidad de vida. No por casualidad, algunas teóricas han definido al feminismo como «la revolución más larga de la historia», porque no sólo pretende modificar la sociedad patriarcal, si no también, lo propiamente humano, más allá de las diferencias de género.

ALGUNOS DESAFIOS

- Reconocer y aceptar las diferencias al interior del movimiento feminista, que facilite los pactos entre mujeres en asuntos afines.
- Incrementar el nivel de conciencia colectiva acerca de los problemas de género; más allá de los grupos de mujeres, llegando a otras colectividades de carácter mixto.
- Diseñar nuevas metodologías de trabajo para profundizar la teoría feminista con mujeres de sectores populares.
- Crear espacios de debate y discusión donde estén presentes las diferencias, estrategias o vertientes del movimiento feminista, que permita ir profundizando el proyecto político-feminista y superando la ambigüedad en que se encuentra.
- Profundizar el tema del poder, las dependencias y las autonomías.

BIBLIOGRAFIA

- Hola, Eugenia y Pischeda, Gabriela. «Mujeres, Poder y Política. Nuevas tensiones para viejas estructuras». Ed. CEM. Santiago de Chile, 1994.
- «Marea Alta» N.º 28, Año IV, Marzo de 1994.
- Pisano, Margarita. «Sobre Autonomía e Independencias». Las ONG de Mujeres y sus aportes de futuro. Programa de la Universidad de Concepción, Chile. Marzo, 1993.
- «Mujeres de Chile: Radiografía en Números». Censo 1992. Instituto Nacional de Estadísticas. Marzo, 1994.

RESUMEN

La autora analiza la situación social y política de las mujeres en Chile durante el proceso de transición a la democracia. Cuestiona el papel que se atribuye a los planteamientos de género, desde los espacios políticos institucionalizados. Describe los procesos que están viviendo los diversos sectores del Movimiento Feminista y plantea una serie de objetivos para la profundización de un proyecto político feminista.

ABSTRACT

The author analyses the social and politic situation of the women in Chile, during democratic transition. She discusses the roles attributed to genre aspects, from stablished political spaces. She describes the process that diferents sectors of the Feminist Movement are living and set several objectives for a political feminist project.